



# EL HUECO DE LAS ESTRELLAS

JOE WILKINS

TRADUCCIÓN DE EDUARDO MOGA



errata naturae

*Para Alexis y Mike,  
y para todos los que  
intentan hacerlo mejor  
en lugares remotos.*

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2019  
TÍTULO ORIGINAL: *Fall Back Down When I Die*

© Joe Wilkins, 2019

This edition published by arrangement with Little, Brown and Company,  
New York, New York, USA. All rights reserved.

© de la traducción, Eduardo Moga, 2019

© Errata naturae editores, 2018

C/ Alameda 16, bajo A  
28014 Madrid

info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-31-4

DEPÓSITO LEGAL: M-28470-2019

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Tom Haugomat

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Si soy nativo de algo,  
soy nativo de esto.

WALLACE STEGNER, *Wolf Willow*

VERL

*Día dos*

No en un lugar tan grande. Ni siquiera con vuestros *quads* y vuestras radios y todo lo demás. Ni siquiera así. Lo que digo. No me encontraréis. No en un lugar tan grande. Puedo correr y esconderme y correr y aunque sólo necesitaríais atisbarme un instante a quinientos metros y meterme una bala en la espalda estas montañas son más sois unos cabrones unos cabrones y unos cobardes os lo digo de una puta vez y para siempre las Bull Mountains son más.

## WENDELL

El suv de la vecina desapareció por el camino, y Wendell vio cómo el polvo que levantaban las ruedas se aupaba y tamizaba en tonos dorados, ocre y, en el cielo del atardecer, azulados. Luz de cosecha, luz de finales de agosto, fina, oblicua, granular. A su espalda, las montañas amaratadas ya, oscurecidas.

Wendell volvió a entrar en la caravana y la puerta mosquitera se cerró tras él. Observó al chico, sentado en el suelo del salón, haciendo garabatos en un cuaderno de espiral. Los trazos eran tan oscuros, y apretaba tanto al hacerlos, que adquirirían un brillo plateado. De repente, cerró el cuaderno y metió el lápiz en la espiral. Se quedó mirándole. Era todo ojos, negros.

—Seguro que tienes hambre —dijo Wendell—. Vamos a comer algo.

Aquellas últimas semanas, con la cosecha, no había estado demasiado en casa y, aunque prefería el estofado de carne o chili, en la despensa sólo encontró latas de pollo con fideos. Wendell comprendió que, con el chico en casa, tendría que hacer la compra más a menudo.

—Es pollo o pollo, colega.

Wendell sacó una lata del estante, quitó la tapa con un abrelatas, repartió el grumoso contenido con una cuchara en unos cuencos, los metió en el microondas y apretó los botones. La bombilla no funcionaba, pero lo oía girar. El chico esperó de pie, rascándose un lado de la cara, y luego se sentó en la mesita redonda de la cocina y empezó a mover las piernas, muy delgadas. Siete años y quizá veintitrés kilos, como mucho.

La asistente social de Billings, rancia y con papada, había traído al crío el día anterior. Dijo que lo habían tenido en el hospital unos días, para quedarse tranquilos, y que habían pensado en llevarlo a una casa de acogida, pero que luego habían averiguado que tenía un tío al sur de Delphia. Les había costado un poco localizarlo, pero, en fin, allí estaban, dijo, haciéndose a un lado y señalando al niño. Y allí estaba su sobrino, aquel escuálido muchacho con una bolsa de plástico de supermercado llena de ropa y un cuaderno de espiral. Wendell acababa de volver, tras muchas horas con la cosechadora. Levantó las manos, explicó que no era tío del chico, sino primo. Lacy, la madre del chaval, se fue a vivir con él y su madre, Maureen, porque el padre de Lacy se había marchado a faenar con un pesquero en Alaska, y su madre, la hermana de

Maureen, había muerto en un accidente de coche hacía ya años. Cuando las cartas del padre dejaron de llegar, Lacy colgó una cortina en la habitación que compartía con Wendell y se quedó con él y su madre durante casi todo el instituto. Sí, Lacy había sido como una hermana mayor para él —sólo se llevaban un año—, pero en realidad era una prima. Quería estar seguro de que eso quedaba claro.

La mujer consideró aquella información, miró las latas de cerveza —Keystone Light— desperdigadas por la encimera y preguntó por su madre. Wendell se dio cuenta de que estaba deseando no tener que dejar al chico en aquella caravana, en medio de las Bull Mountains, con un hombre que no era mucho más que un muchacho. Pero Wendell negó con la cabeza y le dijo a la asistente social que su madre había muerto hacía un año. La mujer miró las botas de trabajo, la camiseta sin mangas llena de paja y manchas de grasa, el color pardo de los brazos y el cuello y la cara quemados por el sol, y la línea blanca de la frente que indicaba hasta dónde se bajaba la gorra de béisbol; y a él le pareció que aquella inspección duraba horas, días: un examen estricto y minucioso que se sumaba a todo lo demás. Estaba seguro de que no quería cuidar a un niño, pero también de que deseaba que aquella mujer de Billings lo viera y pensase bien de él, que pensase que era capaz de hacer lo que hubiese que hacer. Se sintió, pues, extrañamente aliviado cuando ella suspiró por fin, dijo que lamentaba lo de su madre, sacó un expediente de la cartera y le informó de que el chico sufría «un retraso en

el desarrollo», «con varios factores asociados», además de que no había dicho ni una palabra desde que lo habían encontrado. Por lo que sabían, había estado encerrado en un piso del sur de Billings, completamente solo, más de una semana.

El microondas continuaba girando. El chico se llevó las manos a la cara y empezó a tamborilear con los dedos en la piel tensa de las mejillas: sonaba a hueco. Estaba un poco torcido: los hombros se le inclinaban a la derecha, y el cuello, largo y delgado, tendía a la izquierda; sus orejas eran grandes y delicadas como las alas de una mariposa monarca.

El chico seguía dándose golpecitos en las mejillas, miraba la mesa, temblaba.

—Yo también, colega... Yo también tengo hambre.

Con el timbrazo, Wendell abrió el microondas y sacó los cuencos. Se quemó los dedos. Soltó un juramento, miró al chico —que seguía con los golpecitos— y se disculpó. Entonces cogió un par de trozos de papel de cocina, los arrugó y llevó con ellos los cuencos a la mesa.

Después cogió también dos cucharas, llenó dos vasos de agua y dio un paso atrás. Revisó la mesa.

—No es gran cosa.

Volvió a rebuscar en la despensa, encontró un paquete de galletas saladas. Cogió también una barra de mantequilla de la nevera. Y luego se sentó y acercó la silla a la mesa. Sonrió por haber pensado tan rápido.

—Galletitas saladas, colega. Las galletas con mantequilla te llenarán.

El chico lo miró a él y después las galletas. Wendell cogió una, le puso encima un buen trozo de mantequilla fría y se la dio.

Hasta que su madre, Maureen, se obsesionó con las cosas de la salud, tomaban galletas con mantequilla en todas las comidas, en las que siempre había carne, patatas de algún tipo, un plato de pepinillos y, de postre, melocotones o peras en almíbar. Eran los tristes y felices años en que estaban solos los dos, después de que el viejo desapareciera, antes que llegara Lacy.

El chico se metió la galleta en la boca, la masticó con calma y cogió otra. Wendell le sonrió.

Pasaron un rato comiendo. El raspado de las cucharas, el suave desmenuzamiento de las galletas. Al acabar, el chico se quedó sentado, mirando el cuenco. Wendell abrió otra lata, echó la mitad, lo calentó en el microondas y se lo puso delante. El chaval se lo tomó también, junto con otro plato de galletas con mantequilla. Luego, se reclinó en la silla. Ya no tenía los ojos tan abiertos, y los hombros y la mandíbula parecían relajados.

Debía de tener sueño, pensó Wendell. O estaba lleno. O, qué cojones, no tenía ni idea. No sabía lo que estaba haciendo.

Antes de irse, la vecina, Jackie, que había pasado todo el día con el chico, le había dicho que al día siguiente no podría ir. Al parecer, tenía que acercarse al pueblo, a la biblioteca del colegio, donde había internet, para matricularse en la universidad. Empezaba las clases en un centro privado, en Billings, la semana siguiente. Wendell no era



consciente de cómo había pasado el tiempo. Aún pensaba en Jackie Maxwell como la chica nueva cuyos padres habían venido de Colorado y comprado el rancho de los Shellhammer —que había sido de Art Jr., pero se lo había quitado el banco— y empezado a criar cabras, nada menos —una línea de carne bio de cabra que había despegado cuando una cadena de tiendas de alimentación *gourmet* de California comenzó a comprárselo todo con meses de antelación—. Un año, antes de que ahorrara lo suficiente para hacerse con una camioneta Chevy, Jackie y él habían cogido el mismo autobús, el autobús del sur. Chicos del autobús del sur, chicos del autobús del norte, chicos del autobús del este, chicos del autobús del oeste. Los chicos de la ciudad formaban otro grupo, totalmente diferente. Jackie era una criatura delgada, con trenzas largas y gafas redondas, pero un día se había soltado el pelo, y Wendell, por una apuesta, había esperado a que el conductor del autobús no mirara y, desde muy atrás, le había tirado un chicle que le había dado en toda la cabeza. La bola rosa se le había quedado pegada en el pelo, castaño, y todo el autobús se había echado a reír. Ahora había crecido y era guapa, y le había dicho que se iba a matricular en la universidad, mientras que él vivía en la caravana de su madre y segaba el trigo de otro. Esperaba que Jackie no se acordara de lo del chicle. No tenía ni idea de quién podría ocuparse del muchacho al día siguiente.

—¿Ponemos la tele, colega?

La encendió y se puso a recoger la cocina. Cuando estaba limpiando la mesa, le pareció oírlo canturrear, o

quizá reírse, pero vio que el chaval, que no había estado sentado ni cinco minutos, se había quedado dormido en el suelo. Dios... Acabó de fregar los platos, sacó una lata de Keystone Light de la nevera y echó un trago. La luz del televisor se reflejaba en el cuerpecillo del muchacho. Wendell sintió los latidos de su corazón.

Dos programas después, Wendell se arrodilló y cogió al chico en brazos. Un saquito de piel y huesos, pensó al dejarlo en la cama de su madre, con el edredón crema y las almohadas de encajes. Apenas había entrado en aquella habitación desde su muerte, y casi se había olvidado ya de su tocador, presidido por un espejo de vidrio empalmado. De niño, aquel espejo lo espantaba: el ángulo en el que se veía cuando se metía en la cama, entre sus padres dormidos, por la mañana. Buscó en el armario, encontró una sábana y tapó el espejo con ella.

El chico se agarrotó, todo su cuerpo se puso rígido. Echó sus bracitos por encima de la cabeza y abrió mucho los ojos. Pero entonces, y con la misma rapidez, se relajó y volvió a cerrarlos. La asistente social había hablado de ataques y le había dicho lo que tenía que hacer. Aunque, dormido como estaba, parecía imposible. Profundamente dormido, tan pequeño y tan fuera de lugar en aquel cuarto de mujer. Wendell pensó que quizá tendría que comprar sábanas con dibujos de coches o pelotas de baloncesto o cosas así, o pegar pósteres en la pared. No estaba seguro. Abrió una ventana —hacía calor— y la habitación se llenó de los ruidos de la noche: grillos, mosquitos, la hierba seca y los pinos mecidos por el viento, los ladridos lejanos de los

coyotes. Volvió a mirar al chico, que había girado la cabeza a la izquierda y plegado las rodillas hasta casi la barbilla. Es lo más pequeño que hay por aquí, pensó Wendell. La cosita más pequeña en kilómetros a la redonda.

Entonces fue a buscar otra cerveza, se sentó a la mesa de la cocina y se la bebió. El muchacho estaba dormido, como debía ser, la noche lo llenaba todo. El trabajo le había dejado exhausto. Los largos músculos de sus hombros protestaban, se volvían contra los huesos. Al frotarse los ojos con el pulgar y el índice, vio puntos rojos y púrpuras. Tocaba evaluar la situación. Tenía veinticuatro años. Era propietario de una caravana y una camioneta, pero debía los impuestos de las tierras que quedaban —la vieja granja, el cobertizo, la mayor parte de una finca al oeste— y facturas de dos de las últimas operaciones de su madre; operaciones que, en cualquier caso, no habían servido para nada. Glen Hougen, su jefe, le había dejado llenar la camioneta hacía poco, así que contaba con un depósito casi completo. Quizá algo menos de cien dólares en el banco y unos pocos billetes en la cartera. Teniendo en cuenta que no sabía lo que iba a hacer al día siguiente con el chico, ni siquiera si podría permitirse contratar a una canguro de forma permanente, aquello era todo en cuanto podía pensar. En aquello y en la noche.

Sólo estaba él, pensó, con aquella lata de cerveza en la mano. Él y aquel hijo bastardo de su prima. Eran los últimos Newman que quedaban en esas montañas.

Al día siguiente se llevó al chico al campo y le preguntó a Glen si, teniendo en cuenta las circunstancias, dado que la

cosechadora sólo tenía un asiento, podía coger el camión del grano, para que el chaval fuese a su lado.

Glen escupió y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¡Joder, Wendell! Sé que te ha caído una buena, pero esto no es lo ideal...

—Lo sé.

—Te diré lo que vamos a hacer. Explícale a Lanter cómo funciona la cosechadora. Date una vuelta con él por el campo, mientras yo vigilo a este hombrecito. Si él se las apaña, puedes coger el camión.

—Gracias.

—Sí, agradécelo... Sólo tengo un peón a tiempo completo, Wendell, y necesito que hagas el trabajo que de verdad hace falta. Aunque Lanter se las arregle, irá despacio. No terminará ni de lejos con lo de hoy.

Wendell ayudó al chico a salir de la camioneta. Se quedó allí, entre los rastros, al borde del campo. La luz, azul, le hacía parpadear.

Glen se le acercó y se agachó.

—Qué suerte tienes, muchacho... Tienes un pelo negro y fuerte —Se quitó entonces la gorra de béisbol y se frotó la calva, reluciente—. Me das envidia. ¿Qué tal si me das la mano?

El chico se apartó y, cuando Glen tendió la mano y cogió la suya, empezó a temblar. Un gemido entrecortado se le escapó de la garganta.

Incómodo, Wendell puso la mano en el hombro del muchacho.

—Ey, no pasa nada, colega...

Pero el chico soltó un grito agudísimo, y luego otro. Wendell se puso de rodillas e intentó hacerlo callar. Lo cogió por los brazos, pero él gritó aún más fuerte. Daba sacudidas y patadas, sin dejar de chillar.

Entonces fue Glen el que le puso la mano en el hombro a Wendell.

—Vamos, relájate... Dale un trago a la cantimplora.

El polvo se adhería en los ojos de Wendell, y el creciente calor del día en la garganta. Hizo caso a Glen, y después levantó al chico, que se revolvió y aullaba y le daba cabezazos en el hombro y el pecho, y cruzó a toda prisa el campo, hasta el camión del grano. Sus gemidos lo desgarraban. Pisaba los tallos cortados, que se partían con un ruido seco. Tropezó y volvió a incorporarse y le susurró al chico que era su tío y que lo iba a cuidar muy bien, lo mejor que pudiera. Cuando llegaron al camión, el chaval se había calmado un poco, aunque seguía temblando y estremeciéndose.

Con el chico en un brazo, Wendell abrió la puerta del camión del grano, que soltó un chirrido. Luego le dejó en el asiento corrido y le dio el cuaderno, el lápiz y la cantimplora. El niño, cuya respiración empezaba a sosegar, se llevó los dedos a la cara y se puso a tamborilear en las mejillas. Wendell metió medio cuerpo en el camión y le enseñó la vieja radio AM y cómo girar el botón plateado para cambiar de emisora. El chico la miró un momento con las manos aún en la cara. Luego alargó una para mover el botón.

Wendell sacó la lata de tabaco Copenhagen del bolsillo de atrás, se metió un pellizco en la boca, escupió y se secó la frente. Volvió a cruzar el campo.

Glen meneó la cabeza.

—Joder... No tienes ni idea de lo que te espera, hijo. ¿Quién dijiste que era el padre del chico?

—Lacy nunca nos lo contó. Pero se apellida Burns.

—¿Y no sabías que salía con un Burns?

—Hay muchas cosas que no sé, supongo.

Glen volvió a negar con la cabeza y escupió.

—Esa chica estaba completamente loca. Se veía a la legua. Y no te ofendas. Tu madre no habría podido hacer nada. Empiezas a tontear con la metanfetamina y, en fin, cuando quieres darte cuenta estás de mierda hasta el cuello. A ese chaval le pasa algo, ¿verdad? El pobre lo va a tener difícil. ¿Cómo se llama?

—Rowdy.

—¿Rowdy Burns?

—Sí.

—Joder.

Su tercer año en el instituto fue el año en que Delphia, por fin, iba a volver a disputar el campeonato del estado. Todo el mundo lo decía. Wendell las metía todas, Daniel McCleary era listo y rápido con la pelota, y aquel muchacho, Korenko, aunque era un tarugo —había repetido dos veces y ya tenía veinte años—, medía dos metros.

Dos de las tres emisoras de radio de Billings mandaron a periodistas a la final. Wendell marcó treinta y tres puntos